

Dos temas a propósito de la película

ÁNGELES Y DEMONIOS



SANTIDAD Y PECADO EN LA IGLESIA

Al final (02:03:08), el Cardenal Strauss dice al profesor R. Langdon:



Cardenal Strauss:

**Y cuando escriba sobre nosotros, cosa que seguramente hará...
¿Puedo pedirle algo? Sea... benévolo.**

Profesor Robert Langdon:

Lo intentaré.

Cardenal Strauss:

**La religión es imperfecta, pero solamente porque el hombre
también lo es... Todos, incluido un servidor.**

* * *

“**Santa**” fue el primer adjetivo que se dio a la Iglesia. Como Israel, por la elección y la alianza con Dios, los cristianos son una nación santa. Más aún, ellos mismos son llamados “los santos” a partir del bautismo. Esto aparece también en la denominación de la Iglesia como “comunidad de los santos”, que tiene un doble sentido: comunidad eucarística donde se reciben los dones santos y comunidad de los santificados (los ya glorificados y los aún peregrinantes).

Pero, a la vez, todos admitimos que existen en la Iglesia **faltas y pecados**. Aunque la Iglesia es sin duda santa, lo es todavía de un modo imperfecto:

«¿Habría que recordar a los admiradores de la prudencia, poder y prestaciones de la Iglesia, de su esplendor, influjo y prestigio, habrá que recordar, decimos, las persecuciones de los judíos y las cruzadas, los procesos de herejes y quemas de brujas, el colonialismo y las “guerras de religión”, las falsas condenaciones de hombres e ideas, sus múltiples fallos en la cuestión de la esclavitud, en la cuestión social y en su identificación con determinados sistemas sociales, políticos y filosóficos? ¿Es que cabe cerrar los ojos, dentro de todo ese esplendor de luz, a este mar de lo humano y demasiado humano, a toda la dureza, miedo y estrechez, a toda la pereza, cobardía, mediocridad y falta de amor?»

(H. KÜNG, *La Iglesia*, Barcelona 1970, 39-40)

El mismo Concilio Vaticano II ha recordado esta realidad, expresando con suma claridad la conciencia de los defectos de la Iglesia y la necesidad que tiene de una constante reforma:

«Aunque la Iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, se ha mantenido como esposa fiel de su Señor y nunca ha cesado de ser signo de salvación en el mundo, sabe, sin embargo, muy bien que no siempre, a lo largo de su prolongada historia, fueron todos sus miembros, clérigos o laicos, fieles al Espíritu de Dios. Sabe también la Iglesia que aun hoy día es mucha la distancia que se da entre el mensaje que ella anuncia y la fragilidad humana de los mensajeros a quienes está confiado el Evangelio. Dejando a un lado el juicio de la historia sobre estas deficiencias, debemos, sin embargo, tener conciencia de ellas y combatirlas con máxima energía para que no dañen a la difusión del Evangelio».

(*Gaudium et spes*, 43)

El Concilio subraya con fuerza esta realidad de la Iglesia que abraza en su seno a los pecadores y que, santa y siempre **necesitada de purificación**, busca sin cesar la **conversión** y la **renovación**.

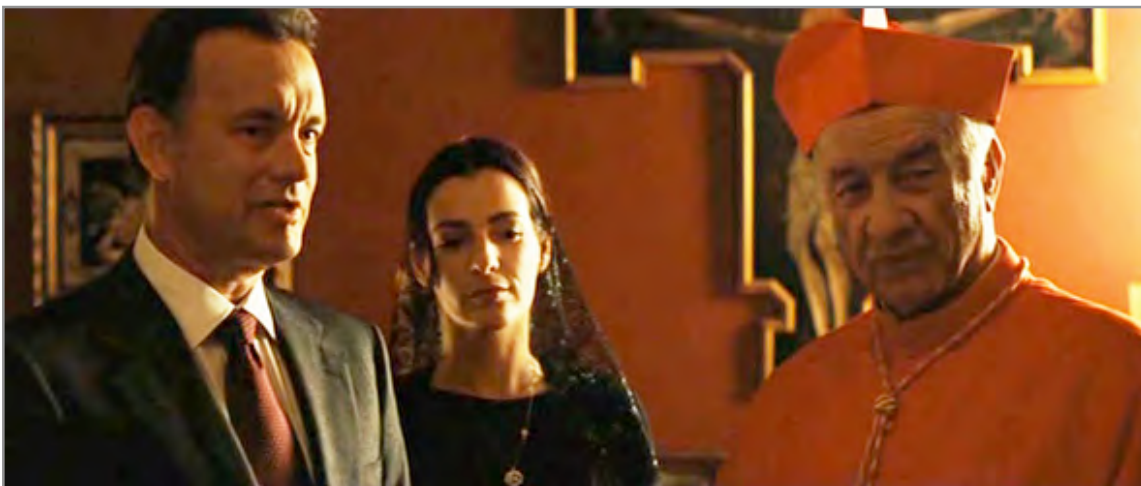
Sin embargo, comprender, aceptar y asumir esta dialéctica santidad-pecado (porque conjuga el **elemento divino y humano**) no ha sido una tarea fácil para la conciencia eclesial: la búsqueda de una Iglesia de puros ha sido un sueño constante en algunos sectores a lo largo de la historia. Distintos Padres insistieron en esta realidad. San Agustín, por ejemplo, no se cansó de citar los textos evangélicos que contienen la idea de una *ecclesia mixta*, como las parábolas de la cizaña y el trigo mezclados, y de los buenos y malos peces pescados en la misma red (Mt 13, 24-50). Ya antes Orígenes aplicó a la Iglesia la expresión de la esposa del Cantar de los Cantares: «soy negra pero hermosa» (1, 5). Más directamente habló Hilario de Poitiers de la *ecclesia peccatrix* y San Ambrosio de la **casta meretrix**. Esta conciencia de la Iglesia constituida por pecadores llamados a la conversión tuvo una gran importancia para el desarrollo de la teología e institución penitencial.

Aunque la conjugación de la santidad y del pecado en la Iglesia mantiene su carácter problemático, se puede afirmar que no hay más que una sola Iglesia que es a la vez santa y pecadora (*santa Ecclesia peccatorum*), si bien hay que tener en cuenta que **ambas dimensiones no tienen el mismo peso**: la Iglesia es santa en su vocación auténtica y pecadora cuando contradice esa vocación.

En definitiva, nuestra fe confía en que el pecado nunca prevalecerá sobre la acción del Espíritu en la Iglesia ni podrá destruir esta comunidad santa de Dios.

FE Y CIENCIA

Ya en un momento de la película (00:27:09), el Profesor Langdon le dice a la científica Vittoria Vetra que Galileo «sostenía que la Iglesia y la ciencia no eran enemigas, sino idiomas distintos contando la misma historia». Pero es al final (02:03:43), cuando el nuevo papa es elegido, donde tenemos acceso a la 'respuesta' que da la película al conflicto fe-ciencia. Un conflicto que ha creado la trama de la película y que quedará 'solucionado' en este encuentro en el Vaticano entre el Profesor Langdon, la científica Vittoria Vetra y el Cardenal Strauss.



Científica Vittoria Vetra:

Ha elegido el nombre de Lucas.

Profesor Robert Langdon:

Ha habido un Marcos y muchos Juanes... pero ningún Lucas.

Cardenal Strauss:

Se decía que era médico.

Científica Vittoria Vetra:

Todo un mensaje: ciencia y fe unidas.

Cardenal Strauss:

El mundo necesita de ambas.

* * *

Puede ayudarnos a entender este conflicto una ponencia del teólogo gallego Andrés Torres Queiruga que sintetizamos aquí¹.

1. Un conflicto inevitable

El conflicto ciencia-religión se produjo a causa de un gran cambio cultural, una de las mayores rupturas culturales que ha padecido –o gozado– la humanidad en toda su historia. Este cambio fue tan grande en el mundo científico, que lógicamente tenía que producirse un choque con la religión. Es cierto que a Galileo no se le oponían sólo los cardenales de Roma, sino también, y tanto o más, los científicos de la universidad y sus colegas, porque lo que él proponía era nuevo respecto de la astronomía, de la física, etc., y rompía todos los esquemas de la ciencia heredada. Sin embargo, el choque con la religión fue más fuerte porque, en aquel tiempo, la Iglesia tenía mucha autoridad y, además, por la antigüedad de la religión, la cual tiene sus ventajas y sus desventajas: mientras que supone una enorme riqueza de experiencias, tradiciones y conceptos, una consecuencia de esa antigüedad es que la mayor parte de sus grandes conceptos teológicos fueron elaborados antes de la

¹ A. TORRES QUEIRUGA, "El diálogo fe-ciencia en la actualidad": *Aula de Teología*, Santander 2009. El PDF completo puede leerse en: <http://www.unican.es/NR/rdonlyres/9BEE3CD2-9AA1-4D1E-AE77-9F71DE9DE9D0/0/cienciafeenlaactualidad.pdf>

revolución de la modernidad, cuya llegada cambió todos los parámetros en la ciencia y en la filosofía.

El choque era inevitable, y se ve muy claro con Galileo: los cardenales de Roma tenían la obligación de condenarlo mientras no cambiase la manera de interpretar la religión, porque ellos leían, como todo el mundo entonces, la Biblia al pie de la letra; pensaban que era un libro dictado por Dios a los escritores sagrados, una especie de amanuenses... Y si Dios había dictado en el libro de Josué –y en algún salmo– que el sol giraba alrededor de la tierra, cuando Galileo decía lo contrario, los cardenales tenían que condenarlo porque, entre Galileo y Dios, lógicamente tenían que darle la razón a Dios. Se produce así un claro choque de paradigmas, pues Galileo lee de una manera nueva, desde la ciencia, esos mismos fenómenos de los que hablaba la Escritura acerca del sol, la tierra, la luna. En el fondo Galileo da ya la solución, y además no se la inventa. Él cae en la cuenta de que no están hablando de lo mismo. Lo dice en una frase famosa: *La Biblia no dice cómo va el cielo, sino que dice cómo se va al cielo*. Es decir, la Biblia no habla de astronomía, sino que habla de religión, de experiencia religiosa. Por tanto, si hablan de dos cosas distintas, la ciencia y la Biblia no tendrían por qué tropezar. Lo curioso de esa frase es que no es suya, sino de un Cardenal, al cual cita Galileo: *“Como dice el Cardenal Baronio...”*. Por lo tanto, un Cardenal empezaba ya a darse cuenta de que la Biblia no hablaba de astronomía; y Baronio, a su vez, citaba nada menos que a San Agustín... Es decir, en el fondo de la tradición estaba ya la conciencia de que algo iba mal. Incluso el Cardenal Bellarmino escribe en una carta a un amigo suyo: *“Si lo que dice Galileo se demuestra que es verdad, tendremos que cambiar nuestra manera de leer la Biblia”*.

Precisamente, la clave estaba en que la tradición había transmitido un modo de entender la Revelación como un “dictado divino” que había que tomar al pie de la letra, por eso tropezaron con Galileo. Por desgracia, no se aprendió la lección, porque en el siglo XIX tropezarán también con Darwin, y en la actualidad todavía hay personas que están tropezando con la física moderna y con la biología.

2. La Biblia no habla de ciencia

El gran “pecado” de la Iglesia en este punto fue que, al leer la Biblia a la letra, sacaba consecuencias científicas y, por tanto, al hablar Darwin de la evolución, creían que se oponía a la Biblia. Hoy sabemos que del Génesis no se puede sacar ninguna consecuencia en Biología, como tampoco del libro de Josué y los salmos se pueden sacar consecuencias en astronomía... Lo que quiero decir es que desde la teología no podemos invadir el campo de las ciencias. Si se habla de evolución, si se habla de astronomía, si se habla de medicina, hay que ver lo que dice la ciencia y alegrarse de todos los descubrimientos. Como teólogos y como creyentes no tenemos autoridad para dictaminar en esos temas.

3. La ciencia no habla de religión

También es preciso decir que actualmente la “invasión” más bien sucede al revés. Están apareciendo una serie de libros ateos de enorme prepotencia intelectual, pero que a nivel filosófico y teológico son auténticas filfas. Por tanto, hoy, los que tendrían que aprender esta lección son muchos de esos científicos que desde la ciencia sacan conclusiones en la religión e incluso en la filosofía. Están haciendo con la religión exactamente lo mismo que en su tiempo hizo la religión con la ciencia.

Lo que quiero decir es que lo que vale en un lenguaje no tiene por qué valer en el otro. Actualmente, como la ciencia tiene tanto prestigio, muchos científicos tienden a creer que su manera de hablar vale para todos. Claro está, no estoy hablando contra la ciencia, sino contra un falso imperialismo de la ciencia. Alguien me contó que Ortega decía, con mucha razón y su pizca de gracia, que *“Einstein sabía tanta física que, de vez en cuando, se podía permitir decir alguna tontería en filosofía”*. Un premio Nobel de Física, por ejemplo, no puede, por el mero hecho de serlo –a no ser que estudie Filosofía o Teología– hablar con autoridad en estos campos.

4. Creacionismo y evolucionismo: un falso conflicto

Ser conscientes de esto resulta hoy decisivo, tanto para hablar de ciencia como para hablar de religión. Teniéndolo en cuenta, como he aclarado antes, no tiene por qué haber conflicto alguno entre creación y evolución. Hablando desde la teología, la idea fundamental sobre la que construyo mi discurso y desde la que intento interpretarlo todo, es la de “creación por amor”. Es decir, existimos porque Dios ha querido darnos el ser con todo cariño; nos ha creado con amor y únicamente pensando en nuestro bien. Ahora bien, si me preguntan si soy evolucionista o no, empiezo reconociendo que no soy competente en el tema, pero que a mí, hoy por hoy, gracias a las razones que me dan los científicos, la evolución me parece una verdad incontrovertible.

Ante el tópico de que *“la evolución humilla a la humanidad, porque dice que descendemos del mono...”*, creo que, muy al contrario, la evolución es la mayor proclamación de la dignidad humana. Ella muestra que, bien pensado, *“la humanidad es la flor del proceso evolutivo”*. Sin sacar ninguna consecuencia a nivel religioso, eso aparece con sólo observar el proceso cosmogónico y evolutivo: desde el Big Bang, un caos cósmico, se van formando los sistemas planetarios y, dentro de ellos, el planeta Tierra. Cuando finalmente aparece la vida y esa vida va avanzando y haciéndose más compleja, en el último tramo que nosotros conozcamos de todo el Universo –aunque haya otros Planetas que no conocemos– la persona humana es la culminación de todo el proceso evolutivo. Somos, repito, la flor de la evolución, somos la inteligencia del universo, la libertad del universo... Como decían los idealistas: *“el universo está pensando en nosotros”*. Y creo que eso es lo más maravilloso que hay. Como los tópicos se extienden, se dice que, debido a la evolución, el hombre no sale directamente de las manos de Dios. Sin embargo sí salimos de las manos de Dios, pero a través de un largo proceso evolutivo, igual que el niño nace de los padres pero a través de una larga gestación... Y eso, repito, me parece precioso.

5. Aplicación: ateísmo y nueva visión de Dios

No cabe negar que para muchos el ateísmo –que, curiosamente, es un fenómeno moderno– salió del nacimiento de la ciencia moderna. Y se comprende porque, como los conceptos teológicos venían de muy antiguo y la manera de hablar de Dios estaba expresada en conceptos premodernos dentro de una cosmovisión en que la religión lo abarcaba todo, al aparecer la Ciencia moderna nos encontramos con que muchas y muy importantes cosas que antes se creían “explicar” desde la religión ahora se explican realmente por la ciencia. Por lo tanto, como para eso Dios no hace falta, nace la impresión de que cuanto más avanza la ciencia, más retrocede Dios... y

que al final acabará desapareciendo. Se creía que la Biblia explicaba el origen del cosmos y de la humanidad, y ahora lo hacen la astronomía y la biología; antes la religión explicaba las enfermedades atribuyéndolas al demonio, y hoy lo explica la medicina; antes la moral eran los mandamientos, y ahora viene de la ética... Si, manteniendo esa mentalidad, seguimos pensando que la religión explica todo, y resulta que lo hacen las ciencias, la religión desaparece, no sirve...

Si los creyentes seguimos empeñados en interpretar la religión según el concepto de “Dios interviniendo en todo”, estamos haciendo ateos. Ahora bien, si sabemos situar con justeza dónde está Dios, dónde tenemos que encontrarlo, es decir, en ese fundamento creador que nos hace ser y nos promueve a través de las leyes físicas, de las leyes psicológicas, a través de nuestra libertad... todo cambia.

Por eso me gusta tanto la idea de “creación por amor”. En sentido integral. En lo físico, sé que mi sangre está circulando porque Dios me crea de tal modo que me ha dotado de leyes que hacen que mi sangre circule sin que yo me preocupe, sin hacer “milagros”, sino sosteniendo y capacitando mi ser para que mi sangre circule, igual que está sosteniendo al universo para que, a través de sus leyes, y no de agentes sobrenaturales, esté funcionando. Y con razón puedo darle gracias a Dios por todo ello; todos podemos hacerlo.

Más importante es todavía en lo personal. La libertad es otra parte de nuestro ser: la que nos hace capaces de obrar moralmente. Si vamos por un camino y vemos un herido –recordad la parábola del samaritano–, Dios, a través de nuestro modo de ser, de nuestra sensibilidad, nos llama a ayudarlo. Por eso cada persona, a través de su libertad, puede hacer caso a Dios ayudando al herido, o no hacer caso a Dios, dejándole que se desangre. Ésa es la única lógica posible de la creación, justamente porque es la del amor y el respeto. El mundo debe realizarse a través de sus leyes físicas, igual que la libertad a través de las propias. El sacerdote no hace caso a Dios, y deja desangrarse al herido; el escriba no hace caso a Dios, y el herido sigue desangrándose; si no hubiera pasado el samaritano, que es el que hace caso a Dios y atiende al herido, éste hubiera muerto. No porque Dios estuviese pasivo o indiferente. Dios, a través del corazón y la libertad, llamó a los tres: al sacerdote, al escriba y al samaritano. Estaba presente y activo en los tres, su acción creadora estaba constituyéndolos y sosteniéndolos, de manera que, a través de lo más auténtico de su ser, los estaba llamando a colaborar con Él, a prolongar su creación.

Me gustaría aclarar bien esto, porque es muy importante, es definitivo. Si los creyentes no logramos situar así a Dios, y vivirlo así cada día en nuestra oración, en nuestra vida, estaremos poniendo a Dios donde no está, y acabaremos tratando de “convencerlo” para que sea bueno, pidiéndole que “escuche y tenga piedad” para que los niños de África no mueran de hambre... con lo cual –sin pretenderlo– estaremos echándole la culpa de esa terrible realidad, cuando lo cierto es que es Él quien a través de nuestra conciencia y nuestros sentimientos nos está llamando a nosotros que, escuchando su llamada y colaborando con Él, hagamos lo posible para que eso no ocurra.

6. La contingencia del mundo desde la visión científica

La gran pregunta metafísica de la modernidad plantea: “¿Por qué hay algo y no más bien la nada?”. No cabe negar su fuerza de sugestión, de sugerencia filosófica. Realmente se puede decir que somos muchos los que creemos que aquí reside un

poderoso motivo para justificar intelectualmente la existencia de Dios.

Aquí interesaba mostrar cómo la ciencia, que puede ser una fuente de ateísmo, puede también, si se razona bien, convertirse en luz para descubrir mejor que antes la contingencia y encontrar así a Dios. Repito, no estoy diciendo que la ciencia demuestre a Dios, sino que la manera como nos permite ver el mundo puede ser la plataforma desde la cual una persona enfrentada al misterio del mundo, puede descubrir de un modo nuevo la existencia de Dios. Interesa mostrar que la visión científica del mundo no hace necesariamente hoy más difícil, y que, incluso, en el fondo, puede hacer más fácil –no quiero decir que siempre ni para todos– descubrir la existencia de Dios.

7. El problema de la finalidad

También se habla hoy mucho del problema de la finalidad en el mundo. ¿Hay finalidad en el mundo o todo es mero fruto del “azar y la necesidad”? Comprendo que la contingencia del mundo pueda llevar o no a descubrir un fundamento trascendente; pero, si lo hace, no puede llevar a un ser limitado. Si lleva, lleva a un fundamento infinito. Entonces ¿en el mundo hay finalidad? Incluso científicos que admiten la existencia de Dios piensan que el mundo se explica de modo adecuado por la causalidad eficiente de la evolución. Y es cierto que, en cuanto análisis científico de los mecanismos, tal vez pueda prescindir de la finalidad: se analizan los mecanismos, se relaciona una célula con otra, aparecen determinadas adecuaciones a la circunstancia, se produce una transformación y se va avanzando... Es, a ese nivel, una explicación correcta y verdadera. Pero ¿es total?

Me explico mediante un ejemplo. Imaginaos que hubiera en Japón una fábrica de coches totalmente automática, sin personal humano de ningún tipo; y que a esa fábrica llegara un “marciano” muy inteligente. Observaría que por una puerta entraban metales en bruto y que por otra salía, por ejemplo, un Toyota. Si era un gran científico, el marciano podría encontrar una explicación inmediata: tal máquina automática, tal mecanismo percutor, tal proceso de soldadura, toda una cadena de montaje en que un proceso sucede al anterior y condiciona al siguiente... Podría, sin duda, explicar todo el proceso por “causalidad eficiente”, desde que entró el material por una parte hasta que salió un Toyota por la otra. Ahora bien, ¿este marciano quedaría totalmente satisfecho con esta explicación o más bien –sobre todo si era al menos un poco filósofo– se preguntaría por qué el proceso sucede así, por qué las causas eficientes proceden de tal modo que, entrando el metal por un sitio, no sale por el otro un motón de chatarra sin orden ni concierto, sino un coche perfectamente equipado? Lógicamente, tiene que haber ahí dentro un proyecto, una inteligencia que de algún modo haya construido a los agentes de tal manera que lleven inscrita en sí mismos una finalidad que lo condicione todo para que al final puedan salir coches.

Me cuesta comprender, por ejemplo, como desde la física actual se puede decir al mismo tiempo que todo sale de la explosión inconmensurable del Big-Bang y que el resultado final sea el ojo de un mamífero o la sonrisa de un niño. Lo que sale normalmente de una explosión es un caos. ¿Cómo es posible que, si no hay un logos interno, de ese gigantesco caos inicial salga el cosmos y aparezca la vida? No deja de ser significativo que, desde los comienzos de la cultura aparezca en todas partes la idea de un orden fundamental. Creo que la explicación más coherente es que, en el

modo de ser, es decir, en la raíz fundante de esta realidad, tiene que haber un proyecto para que ésta, por sus leyes –eso es lo que estudia el científico–, al final produzca vida y no caos. Claro pienso igualmente que esto no es una demostración evidente sin más, y por eso comprendo que a unos les convenza y a otros no.

8. Revelación real, pero sin ‘milagro’

Normalmente partimos de unos conceptos establecidos y discutimos sin ponerlos en cuestión. Por eso es precisa la crítica. Por ambas partes. Si los científicos extrapolan indebidamente su racionalidad, llevarán a negar la creación. Si los creyentes siguen leyendo la revelación como un “dictado de Dios”, acabarán oponiéndose al evolucionismo. De ahí la importancia decisiva de repensar el concepto de revelación.

Entendida al pie de la letra y en plan de inspiración milagrosa, la Biblia sería un absurdo, un caos. Basta pensar en que, por ejemplo, en algunos pasajes nos dice que “Dios” mandó a los israelitas entrar en una ciudad y matar a todos, guerreros, enfermos, ancianos, mujeres, niños... y que en otros afirma que “Dios” castiga los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación... Pero, ya a su modo en el Antiguo y con toda claridad en el Nuevo Testamento, se nos acaba diciendo que debemos amar incluso a los enemigos y se nos asegura que Dios es perdón incondicional.

Bien entendida, aparece en cambio como un proceso maravilloso por el que Dios en su “lucha amorosa” con nuestras limitaciones y nuestras resistencias, logra ir haciéndonos “caer en la cuenta” de su verdadero ser y de su intención, únicamente de amor y salvación. La revelación es un avance difícil, lleno de reviravuelas y autocorrecciones, porque viene a través de la creación, el único camino posible. Si Dios la sustenta y la habita, si está presente siempre en nuestra vida, eso quiere decir que Dios nos está habitando y orientando, que nos está creando con este modo concreto de ser, con estas determinadas cualidades... Es su modo de estarnos hablando, los lugares donde podemos descubrir su presencia y leer su intención. La revelación, entonces, consiste en el descubrimiento que hacemos de lo que Dios nos está diciendo a través de nuestro modo de ser y del ser del mundo.

Podemos decir con toda verdad que es Él quien se nos manifiesta y revela, porque estamos habitados por un Dios vivo, que, habiéndonos creado y “formado” con todo cariño, está vitalizando nuestra realidad y toda la realidad. Al descubrir esto, estamos captando realmente su presencia, lo que él nos está diciendo a través de nuestro ser, del ser de la historia y del ser del mundo. Por eso podemos ser perfectamente modernos, perfectamente críticos, perfectamente científicos –los que lo sean– y perfectamente creyentes. Esto último nunca lo seremos del todo pero, al menos, podemos intentarlo.